

## SEGUNDO SERMÓN

DE LA

### ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Pro nobis præcursor introivit Jesus.*  
(Hebreos, vi, 20.)

Jesucristo entró en el cielo como nuestro precursor.

El Profeta David había dicho que el Mesías nos revelaría los caminos ocultos que conducen á la verdadera vida, á esa vida que consiste en ver á Dios frente á frente, á esa vida que eleva el alma hasta la diestra del mismo Dios, á esa vida que inunda el alma de delicias y de felicidad sin fin (1). Y, en efecto, como el mismo Jesucristo dijo cuando conversaba con los hombres sobre la tierra, Él mismo ha sido para nosotros el camino, la verdad y la vida (2). El camino por sus ejemplos, la verdad por sus doctrinas, la vida por los prodigios de su amor. Con todo, dice San Ambrosio, sólo por el misterio de la Ascensión de Jesucristo al cielo se cumplió la profecía de David en toda su plenitud: por su Ascensión Jesucristo ha abierto en realidad el camino del cielo, en donde se

(1) *Notas mihi fecisti vias vitæ, adimplebis me lætitiâ cum vultu tuo, delectationes in dextera tua usque in finem. (Salmo xxxv, 10.)*

(2) *Ego sum via, et veritas et vita. (San Juan, xiv, 6.)*

encuentra la verdadera vida; ese camino cerrado é ignorado hacía tantos siglos, y que desde ese día comenzó á ser conocido de todos y accesible á todos (1). Tal es, en efecto, el importante resultado de la ascensión que San Pablo nos invita á meditar, cuando nos presenta en Jesucristo, no un triunfador que no goza de su victoria más que para sí mismo, sino como un precursor que fué á preparar la entrada del cielo al que quiera seguirle. *Pro nobis præcursor introivit.*

Justamente ese grande y precioso resultado es el que voy á estudiar con vosotros en el misterio de la Ascensión. Con vosotros examinaré, en primer lugar, cuál es el último término, el objeto supremo de nuestra existencia acá abajo; y en segundo, cuál es el camino que debe conducirnos á ese término deseado. Esos dos puntos se encontrarán resueltos por el desarrollo del misterio de la Ascensión.

#### PRIMERA PARTE.

Toda la economía de la Redención se encuentra en esta verdad fundamental que nos ha sido revelada por San Pablo, á saber, que la humanidad entera ha sido reunida y representada en Jesucristo (2). Porque Jesucristo, dice San León, reunía en sí la naturaleza de todos, excepto el pecado, pudo abogar por la causa de todos.

Representados de ese modo, y comprendidos todos en Jesucristo, podemos afirmar con verdad que todos esos misterios nos son comunes. Y así como, nos dice San

(1) *Dùm Redemptor ab inferis redit ad superos; incipimus notam habere viam vitæ quæ priùs ignota habebatur. (Cornelio à Lapide.)*

(2) *Omnia et in omnibus Christus. (Coloss., III, 11.) Instaurare omnia in Christo. (Ephes., I, 10.)*

Agustín, su Resurrección es el fundamento de nuestra esperanza, del mismo modo su Ascensión es nuestra propia gloria y nuestro propio triunfo (1). Ha entrado hoy en el cielo, menos por sí mismo que por nosotros: ha entrado en él como nuestro representante, como nuestro delegado, para tomar posesión de él en nuestro nombre. Nos ha indicado el camino, y nos ha asegurado los medios de llegar á él.

«Observad bien, en efecto, dice ese mismo Padre, que Jesucristo no subió al cielo sino en cuanto era hombre; porque en cuanto Dios, Hijo de Dios y Verbo de Dios, jamás abandonó el cielo, el seno del Padre que le engendró desde toda eternidad» (2). La Ascensión no tuvo, pues, lugar sino en esa naturaleza humana que tomó por nosotros y en favor de nuestra humanidad, para que, como lo dice Él mismo, sus ministros, sus servidores, sus amigos, sus hermanos, estén con Él y en el mismo lugar que Él (3). No tendremos, pues, ninguna dificultad en comprender estas palabras de San Juan Crisóstomo: «Hoy, en la persona de Jesucristo, las primicias de nuestra humanidad han subido al cielo» (4). En el mismo sentido dijo San Agustín: «Está en mí ese cuerpo que fué colgado en la cruz, que reposó en el sepulcro, que resucitó al tercero día, que hoy sube al cielo.» (5) Por consiguiente, cuando Jesucristo entra en el cielo, la naturaleza humana, esa humanidad mortal, trasportada al centro mismo de la inmortalidad, toma posesión de él en la persona de Jesucristo (6).

(1) *Resurrectio Domini spes nostra est: Ascensio Domini gloriificatio nostra est. (San Agustín.)*

(2) *Ascendit ad Patrem per id quod homo erat: manserat in Patre per id quod Deus erat. (Ibid.)*

(3) *Ubi sum ego, ibi est et minister meus. (San Juan, XXII, 26.)*

(4) *Hodiè nostræ primitiæ Christus ascendit. (San Juan Crisóstomo.)*

(5) *Meum est quod pependit in ligno, quod in sepulchro jacuit, quod tertia die resurrexit, quod in cælum ascendit. (San Agustín.)*

(6) *In gremium immortalitatis, mortalis natura transfunditur. (San León.)*

Si Jesucristo no hubiese resucitado, jamás se hubiera podido creer en la resurrección de los hombres. San Pablo lo había comprendido muy bien cuando decía: «Si Jesucristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana y sin fundamento.» Del mismo modo si Jesucristo no existiese con su cuerpo viviente en el cielo, jamás hubiéramos podido creer que esos cuerpos terrestres, mortales y corruptibles, aun depurados y transformados, fuesen encontrados dignos de ser admitidos en el cielo. Mas ahora sabemos, no sólo por la promesa revelada, sino también por el prodigio cumplido; no sólo por la palabra, sino también por el hecho, á qué atenernos por nuestra propia condición: no tenemos más que fijar la mirada de la fe sobre nuestro Señor Jesucristo. Como su Resurrección ha sido la prenda de la nuestra, del mismo modo su Ascensión es la prenda de nuestra ascensión. Lo que nosotros vemos realizado en el cuerpo de Jesucristo, nos garantiza lo que podemos esperar para el nuestro. Sí; nuestro propio cuerpo, como el suyo, será recibido en el reino celestial (1).

Pero ¿cómo conciliar todo eso con la declaración formal que Jesucristo ha hecho en el Evangelio diciendo: «Nadie puede subir al cielo, excepto el que ha bajado del cielo, excepto el que, llegando á ser el Hijo del hombre, no ha cesado de residir en el cielo como Hijo de Dios?» (2) «Guardaos, dice San Agustín, de encontrar aquí la menor dificultad; por esas mismas palabras que parecerían prohibirnos la entrada en los cielos, Jesucristo nos llama á ellos y proclama el derecho que tendremos para entrar en ellos, si lo queremos.» En efecto, en este pasaje no habla de sí mismo como individuo de nuestra especie,

(1) In illo corpore cœlestibus regnis arrha nostræ conditionis imposuit. (San León.)

(2) Nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, filius hominis qui est in cœlo. (San Juan, III, 13.)

habla de sí mismo como jefe de la humanidad restaurada de que todos los hombres son miembros (1). En virtud de esa unidad, estábamos con Él cuando descendió de los cielos, bajándose hasta nosotros, lo mismo que fuimos con Él, elevándonos y trasportándonos hasta las más sublimes alturas de los cielos.

Así, por su ascensión al cielo, aunque nosotros hemos permanecido sobre la tierra, no nos hemos separado de Él. Somos siempre con Él ese grande cuerpo de la Iglesia, de que es el jefe ó la cabeza (2). Su ascensión no es la elevación de un individuo que puede permanecer separado de los demás de la misma especie: es la elevación de un gran cuerpo que es la Iglesia, y esa cabeza no puede estar separada de sus miembros. No puede permanecer incompleto: si la cabeza está en el cielo, los miembros deben encontrarse allí también, y deben reunirse con ella. La cabeza no ha precedido á los miembros más que para sostener su esperanza (3).

Jesucristo, al decirnos que nadie sube al cielo más que Él, quiso darnos á entender esta importante verdad: que si deseamos subir al cielo debemos no tan sólo asemejarnos á Él, sino llegar á ser él mismo, es decir, unirnos íntimamente á Él, por la fe en sus doctrinas, y por la esperanza en sus promesas, por la caridad, celosa observadora de sus leyes, y por la gracia santificadora que nos incorpora á Él, que nos hace llegar á ser una sola cosa con Él, y que realiza entre nosotros y Él, y entre todos nosotros, la unión de tres personas divinas entre sí (4). Nos dijo, en una palabra: «Sed mis miembros si queréis subir al cielo» (5).

(1) Propter unitatem qua caput nostrum est et nos membra ejus sumus dixit hoc. (San Agustín.)

(2) Cum ascendit in cœlum nos non separamur ab illo. (Ibid.)

(3) Capitis præcessio spes membrorum est. (Ibid.)

(4) Ut sint unum sicut ego et tu unum sumus. (San Juan.)

(5) Dixit: estote membra mea, si vultis in cœlum ascendere. (San Agustín.)

¡Hé ahí, pues, revelado el grande misterio del fin del hombre, de su porvenir eterno!... El último fin del hombre es su íntima unión con Dios en el cielo por toda la eternidad; unión íntima y perfecta unión, consumada por la asociación de todo nuestro ser, cuerpo y alma, con el cuerpo y el alma del divino mediador!...

Los antiguos filósofos, por haber abandonado las tradiciones primitivas, incurrieron en cuanto á este punto en un doble error: desecharon el dogma de la resurrección de los cuerpos, y los mismos que admiraban la inmortalidad del alma ignoraron sus condiciones. Para muchos de ellos, como nos lo manifiesta Cicerón, la inmortalidad no era más que la permanencia más ó menos larga del alma después de la muerte (1). Durante esa permanencia, según aquella filosofía tan mezquina é incompleta como poco firme en sus alegaciones, los buenos no encontrarían más que en el contento y en la satisfacción de sí mismos la recompensa de sus virtudes y su felicidad más allá de la tumba. Los malos tampoco padecerían más que con el remordimiento y el disgusto de sí mismos una desgracia merecida y el castigo de sus crímenes. No tuvieron ninguna idea, ni de esa íntima comunicación con Dios, que debe en el cielo hacer la felicidad eterna de los elegidos, ni de esa eterna, completa é irremediable separación de con Dios, que constituye la desgracia de los malos. En las creencias populares, débiles ecos, pálidos reflejos de las tradiciones primitivas, oscurecidas y envueltas en fábulas, apenas se encontraban ya restos de esas grandes y capitales verdades.

A su vez, los filósofos modernos que han abjurado las creencias cristianas, como los antiguos habían repudiado las creencias humanitarias, no han sido mucho más afortunados. Para ellos, la doctrina del alma después de

(1) Permanere animas putamus. (Cicerón.)

la muerte consiste en ser absorbida en un todo que no existe más que en sus imaginaciones enfermizas, perturbadas por la duda y ofuscadas por el orgullo. Para ellos tampoco hay que pensar en la resurrección de los muertos; y, en fin, para ellos no es constante que ese *yo* humano, de que han hecho un Dios durante la vida, conserva después de la muerte la conciencia de sí mismo, ó bien, si no va á disolverse en el sér universal, en la naturaleza panteística, sin ninguna distinción real de su propia individualidad. Es decir, que para esos grandes pensadores no está todavía decidido si después de la muerte sobrevivirá al hombre algo ó nada. ¡Hé ahí adónde ha llegado, á pesar de su engreimiento y de sus decantados progresos, la filosofía moderna!...

¡Desapareced, tinieblas humanas, ante la luz divina que, de la vida entera del Verbo de Dios hecho Hombre, refleja sobre nosotros y nos circunda por todas partes!... Jesucristo, como nos lo hizo notar Él mismo, había salido del seno de su Padre y venido al mundo, y después de haber sufrido en él, de haber muerto y resucitado, dejó al mundo, y volvió al lado de su Padre (1).

En estas pocas palabras se traza á nuestra vista la historia completa del hombre que, en el fondo, no es más que la historia misma del Salvador de los hombres. Allí descubrimos nuestra verdadera condición y todo el plan de nuestros destinos trazados en caracteres nada equívocos: allí aprendemos que todo lo que se cumplió en Él, como cabeza ó jefe de la humanidad, se reproduce en nosotros, que somos sus miembros. Como Él, venimos de Dios y debemos volver á Dios, que es el principio de nuestra existencia, y que debe ser también nuestro fin. Murió, y nosotros debemos también morir; resucitó y

(1) A Patre exivi et veni in mundum; iterum relinquo mundum et vado ad Patrem. (San Juan, xvi, 28.)

nosotros debemos también resucitar. Subió al cielo en cuerpo y alma, y nosotros también, después de nuestra resurrección, si lo hemos merecido, subiremos en cuerpo y alma al cielo. Su puerta había sido cerrada por Adán, y ha sido abierta para nosotros (1). El camino era difícil de descubrir y de seguir, pero ya ha sido indicado y facilitado á todos por los pasos del Salvador (2). Y pues que Jesucristo, en cuanto hombre, ha entrado en la mansión celestial, pues que la doble sustancia de la humanidad le ha llevado hasta lo más alto de los cielos, nos indica de la manera más cierta y más inteligible que por la fe en Él todo hombre puede aspirar al cielo (3). Jesucristo fué á colocarse á la derecha de Dios, y nosotros también (no nos asombre esta seguridad, hermanos míos) podemos ir á tomar un asiento á su lado, con tal que, antes de bajar al sepulcro, hayamos querido ser incorporados y unidos á Él. Sí, hermanos míos; no os asombréis de nuestra seguridad, cuando pretendemos el ir á ocupar un asiento al lado del Hijo de Dios, vivir eternamente en compañía de Dios, y participar eternamente de la gloria de Dios. El misterio de este día está proclamado altamente en el mundo entero, precisamente para infundir en todos los corazones cristianos esa noble seguridad. El Apóstol de las naciones lo había comprendido así, cuando atribuía al misterio de la Ascensión una eficacia hasta presente y actual: «Por su resurrección, exclamaba, Jesucristo nos ha resucitado; por su ascensión, nos ha hecho tomar asiento, en la persona de Jesucristo, en un trono celestial (4).»

¡Tal es, pues, hermanos míos, la doctrina del cristia-

(1) *Ecce jam porta patet, quam clauserat Adam. (San Agustín.)*

(2) *Suavem ac solemnem dedicavit ascensum. (San Bernardo.)*

(3) *Dum humanam conditionem sideribus importavit, credentibus cœlum patere posse monstravit. (San Fulgencio.)*

(4) *Et conresuscitabit, et consedere fecit in cœlestibus in Christo Jesu. (Eph., II, 6.)*

nismo, tocante al último fin del hombre, tocante á sus eternos destinos!... ¿Qué objeto más noble de nuestra existencia, qué termino más magnífico puede proponerse á las pruebas de acá abajo? El cristiano puede, pues, decirse á sí mismo entre los esplendores de la Ascensión: «No existo más que para santificarme en el tiempo, sirviendo á Dios como á mi Señor, y para gozar de Dios en la eternidad, como mi remunerador.» (1) El Dios que ha sido mi primer principio, es también mi último fin. Criado por Él, no existo sino por Él. Mi término es tan glorioso, tan sublime como mi origen. Vengo de Dios, y debo volver á Dios: soy propiedad de Dios: dependo de Dios por los dos extremos de mi existencia, por mi principio y por mi fin. Soy una cosa sagrada, celestial, divina, estimada de Dios, del más subido precio. Soy el único sér del siglo presente que pertenece al siglo futuro. Viajero sobre la tierra, soy el candidato de los cielos. La tierra, con todas sus riquezas, no es más que un lugar de destierro: mi patria es el cielo. La tierra es el lugar del mérito y del trabajo; el cielo es el lugar del reposo y de la recompensa. Las criaturas no son más que medios é instrumentos; sólo Dios es mi fin y el término de todos mis pensamientos. Dios no me ha colocado en el tiempo más que para asegurarme la felicidad de la eternidad.

Hemos dado, á nuestro entender, una respuesta suficiente á la primera cuestión que nos habíamos propuesto: ¿Cuál es el objeto, cuál es el fin supremo de los destinos del hombre acá abajo? Nos queda por resolver la segunda cuestión ó pregunta: ¿Por qué camino debe dirigirse el hombre para llegar al término de su peregrinación?

(1) *Nunc vero liberati à peccato, servi autem facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam æternam. (Rom., VI, 22.)*

## SEGUNDA PARTE.

Al pensar en la gloria y la magnificencia que acompañó á la ascensión de Jesucristo á los cielos, no se puede menos de exclamar con San Bernardo: «¡Dichoso término, feliz conclusión de la peregrinación del Hijo de Dios por la tierra.» (1) Consideremos de qué lugar partió el divino triunfador, y veremos en seguida con qué condiciones podemos tener parte en su triunfo, y cuál es el camino que debemos seguir para aspirar á reunirnos con Él en la mansión celestial.

Jesucristo, al subir á los cielos, partió de la cima del monte de las Olivas: partió junto al huerto de Gethsemani; es decir, se elevó hácia los cielos, en el sitio mismo en que se prosternó en tierra; desplegó su majestad de Rey, allí donde había sido maniatado como un esclavo; fué recibido por los ángeles, en donde se vió cercado por viles satélites; apareció en todo su poder de Dios, allí donde había agonizado como el más débil de los hombres, y completó su triunfo en donde había comenzado su pasión.

¿Puede haber algo más instructivo, más elocuente?... Por ese medio aprendemos, de la manera más clara é inequívoca, que no se le puede seguir por el camino de la gloria, según el pensamiento de San Pablo, sino después de haberle seguido por el camino de los oprobios. Sabemos que no es posible compartir sus consuelos hasta después de haber participado de sus disgustos y de sus dolores. Sabemos que no se puede subir al cielo sino después de haber subido con Él á la cruz. Si sufrimos con Él, con Él seremos glorificados: si nos asociamos á

(1) Oh felix clausula totius itinerarii filii Dei! (San Bernardo.)

sus padecimientos, lo seremos también á sus consuelos (1).

Esta grande lección dada por el Hijo, ha tenido completa aplicación en la Madre. Sí, María no se halla tan cerca de Él en los cielos, sino porque fué la que estuvo más inmediata á Él en el Calvario. No ha sido aclamada y colocada sobre el trono como Reina de los ángeles y de todos los Santos, sino porque fué la Reina de los mártires sobre la tierra. No ha obtenido la parte más rica en la gloria y en las alegrías de Jesucristo, sino porque más que ninguna otra criatura participó de sus ignominias y sus dolores. Así, dice San Bernardo, la historia de María viene á su vez á elevar la voz y á unirse á la historia de Jesucristo, para repetirnos la grande lección de que es preciso haber seguido á Jesucristo subiendo sobre su cruz, para tener el derecho de seguirle subiendo al paraíso (2). Largo tiempo antes de su pasión y de su muerte, el Salvador y preceptor del mundo había dicho: «El que quiera seguirme, que renuncie á sí mismo; coloque su cruz sobre sus hombros, y marche en pos de mí (3).»

Para penetrarnos bien de esta enseñanza, no olvidemos que la cruz, entre los antiguos, era, como la horca y los patíbulos modernos, el suplicio de los más viles y odiosos criminales. La cruz, hasta entonces, jamás había sido propuesta á los justos como el signo de la verdadera virtud, de la verdadera felicidad. Cuando el Hijo de Dios pronunció aquellas grandes palabras que ninguna lengua humana había jamás escuchado, nadie comprendió un lenguaje tan nuevo como extraño.

(1) Si compatimur, ut et conglorificemur: si socii erimus passionis, erimus et consolationis. (Rom., viii, 17.)

(2) Sequere ascendentem in crucem, ut sequaris ascendentem in cœlum. (San Bernardo.)

(3) Qui vult venire post me, abneget semetipsum; tollat crucem suam et sequatur me. (San Mateo, xvi, 24.)